

MAL DE FAMILIA



Verónica Paula Gómez

MAL *DE* FAMILIA



Buenos Aires • 2025

Copyright © 2025 Verónica Paula Gómez

Editor Sénior

Leonardo Costaneto

Director General

Leonardo Chagas

Editora Asistente

Malvina Castro Rosa

Editor Jr.

Francisco Gomes

Revisión

Gabriela Sierra

Portada y edición electrónica

Lucas Braga dos Anjos

Gómez, V.P.

Mal de Familia / Verónica Paula Gómez . –
Buenos Aires, Argentina : Caburé, 2025.

154 p.

ISBN 978-65-8344XXX-X

Agradezco a Natalia Zito, por tomarme de la mano y confiar en que juntas podíamos traer mi escritura a este puerto. A mis compañeras de taller, por leer generosamente en cada encuentro. A mis amigos, por el amor y la contención imprescindibles en la laboriosa e intrincada aventura de escribir.

A Cristian





- 13 Los felices
- 19 De boca en boca
- 40 Hambre
- 45 Memorias del agua
- 56 La prole
- 63 Círculo de Paranoia
- 73 Sed
- 81 Del otro lado
- 93 Nena
- 101 La falta de Anestesia
- 113 Sacos de harina
- 126 Las larvas
- 137 Aguacero
- 147 La cría

Con suerte, es por el final de la frase por donde podríamos empezar. Con suerte, algo se nos transfiere del pasado a hoy, otro alfabeto escrito en la sangre, en el nervio, en la neurona; los antepasados cargan a su prole con la fuerza callada que impulsa el vuelo hacia el sur, enfilando hacia el lugar del relato del que nadie parecía destinado a sobrevivir.

Ocean Vuong

I. Los felices

Te miro, mi dios del mar. Me gusta mirarte enfocado en el camino. Vamos en el auto juntos, hacia adelante. Con vos siempre es hacia adelante, Poseidón. Aunque en mi mente todo se empasta, se mezcla, retumba, me tira para atrás. Tengo algo que decirte y ni siquiera sé cómo empezar. No quiero que te pongas nervioso justo ahora mientras conducís el auto.

Pero apenas pasamos por debajo de un puente, me distraigo y oigo la voz de mi padre dando cátedra sobre todo tipo de catástrofes. *El ébola, hija mía, nos dominará a todos, nos hará morir muy rápido y se extenderá por el mundo con la pequeñez de los virus. ARN y cadenas infinitas de reproducción harán el resto. Moriremos, no habrá solución.* Me imagino, Pose, el peor desenlace, el desastre desencadenado en plena ruta después de que te enteres de lo que quiero decirte. Soy Centena, la hija de Apocalipsis, no lo puedo evitar

Cuando era chica, algunas veces, el relato de mi padre llegaba a través de cartas con una letra excesivamente pequeña que se sumaba al contenido científico. Otras veces, su voz era parte de una conversación que acontecía en la cama angosta en donde yacía fornido y largo durante los veranos que

pasaba con él en el desierto. Yo me sentaba al borde de su cuerpo y apoyaba mi espalda en su panza. ¿Qué estás leyendo, papá? La respuesta me daba miedo y me fascinaba. Cuando lograba que cambiáramos de tema, me explicaba otras cosas no menos difíciles sobre el Big-Bang, la escasez de los pozos de petróleo y los meteoritos que raspan el suelo terrestre sin atropellarnos del todo.

A los siete años, ya estaba preparada para un conjunto de tragedias propias de su ciencia ficción, dignas de las lecturas de turno, un montón de historias cuyo argumento detallado muchas veces escuché y olvidé. Las pilas de libros polvorientos en la mesa de luz, las revistas de ingenio matemático, la filosofía de la ciencia y el éxtasis de la parálisis mundial. Siempre fui una hija obediente que oía y leía sobreponiéndose, quién sabe por qué, a su narrativa sobre la destrucción. Más adelante, en alguno de esos veranos de mi infancia con él, no me suicidé pasándome un alambre de oreja a oreja cuando me contó que esa es una buena forma de desaparecer sin que del cuerpo salga sangre. No se me ocurrió llevar a la práctica ningún hervor mortuario de los muchos que me explicó con lujo de detalles. No le creí cuando me indicó que era mejor no usar cinturón en el auto porque no servía para nada.

Hoy, treinta años después, cuando voy en el auto con vos, Pose, yo, la hija de Apocalipsis, me pongo el

cinturón. Me preservó, me cuidó, tengo el instinto de la supervivencia a flor de piel. Ser sorda para ser amada, ser ciega para aprender a leer. No sé si hice de eso mi premisa, no sé si esto te lo puedo decir hoy, Pose, mientras te concentrás en que no nos choquen las motos que pasan rasantes al borde de los espejos exteriores. Las parejas no pueden decirse toda la verdad si quieren persistir. Pero cuando te miro de reojo, me doy cuenta de que entre nosotros hay una lengua común, nuestra lengua mutante. Estamos hechos de la misma cosa, de la misma materia con distinta explicación, Pose.

Sos el hijo de Robusto, un justificador serial de banquetes pantagruélicos y de males universales. Tu papá, como el mío, también explica las cosas con una dificultad añadida que siempre te costó interpretar. Desde niño, te curaba con esos cuentos, como si fuese el alimento que faltaba en la mesa de tu familia pobre: venenos de índole irreproducible, un jabalí salvaje como una visión nocturna que se engulle durante las últimas bondades de febrero, una mano que se lleva la riqueza fugaz de la caja de los ahorros, el kiosko BB sorprendentemente transformado en hipermercado desde su llegada al pueblo en el que vive toda tu familia menos vos, un bicho de otra parte. Así es la película de Robusto, una vida envasada en un cuerpo rebelde. Hace años que lo escuchás justificarse de su diabetes: *Los médicos*

no se explican cómo es que el líquido no sale de mis pulmones, pero yo voy con Dios, coronado de gloria porque él es mi compañero en cada drenaje.

Mientras conducís el auto, me contás que Robusto está cada vez más asustado. Te explica las tragedias tiñéndolas de magia. A veces pienso si lo que Apocalipsis me dice no es también magia, teñida de ciencia dura y academia. Lo que es seguro es que es igual de inútil. Así es con los padres que no hacen hijos felices, descendientes de dos familias abrazadas a esta literatura.

Anoche escuché un poco de la conversación que tuviste con Robusto por altavoz: *Y sí, es bravo el bicho, pero conmigo no se mete porque me hago gárgaras de azufre y prendo conos de humo en la vereda. A veces el desgraciado pasa todo inquieto por la calle, con su pandilla de secuaces y saluda al maldito del abuelo, mientras la tía Gladys me hace las compras para empezar la dieta y yo la espero sentado con dificultad para respirar y comiendo torta asada. El virus me saluda y sigue, y entonces yo sé que el espiral de esta tarde ha surtido efecto, mañana renovaré ese fuego. Llamo al primo del Chaco, le digo que se venga nomás, haremos un asado de festejo. Y bueno, acá estoy esperando el ataque, en la miseria en la que vivo.*

Subimos desde la colectora a la autopista. Estás sonriendo. Se te hacen hoyuelos. Es difícil no quererte como yo te quiero, Pose. Suena la radio. Te cuento que Apocalipsis me mandó un mail demasiado largo. Lo leo de a pedazos, total seguro me dice lo de siempre:

vamos a morir, la desembocadura pestilente de lo humano. Me pedís que te cuente un poco. Te gusta que sea aparatoso, igual que a mí me gusta que Robusto tenga impunidad para mezclar temas de todo tipo como si nada. Te leo un fragmento con voz impostada: *Este virus es uno de muchos, hija mía, y no es el peor. Muere un porcentaje de gente insignificante, aunque en números absolutos parezca muy impresionante. Es más, la capa de permafrost de la Antártida se está derritiendo y con ella, muchos virus están desperezándose de una siesta milenaria. A mí no me preocupa. Tengo una provista de comida, remedios, ropa limpia, dinero y una sobrevida que pronto tendrá su fin. El problema llegará en veinte años y ahí... ahí yo ya no estaré para vivirlo.*

Seguimos adelante, pasamos el peaje. Frenamos un poco más allá en la estación de servicio de siempre. Nos hace falta un café. Vos no sabés distinguir lo bueno de lo malo. Comés de todo, sin chistar. Yo soy una quisquillosa que pretendo lo imposible. Un café colombiano recién molido en plena ruta. Ridícula, eso soy. Hija de Apocalipsis. Te reís de mí con razón, pero yo no sé resignarme en estas cuestiones. A veces entiendo a tu papá, cuando te dice que se da los gustos en vida. Sabe cocinar tan rico, sabe comer tanta cantidad. Ayer también por teléfono te dijo: *Pose, he tenido que comer una pata de cerdo y un chivito que hicieron tus primos. Vos viste que el chivo mata cualquier cosa y entonces, por miedo, sí, porque yo le doy batalla, me comí también*

unas empanadas de carne que hizo la Nancy, después de curarme el oído con un líquido que encontró en la heladera. No, no estoy mejor, pero la Ivana del super me dijo que el aloe vera hace bien así que me voy a frotar la cara antes de meterme en la diálisis. No me gusta eso de usar guantes y barbijo, es incómodo, y aparte, a mí me acompañan los espíritus buenos. Esta mujer es sabia, hijo. No te preocupes. Y no te preocupás porque esos relatos que te acompañan desde la infancia son también pótimas de resistencia.

Nos subimos de nuevo al auto, nos quedan un poco más de ocho horas para llegar a destino. Me paso el cinturón pensando en mi padre. Pongo un mensaje suyo de audio en altavoz: *Hija, esta no es la última pandemia, pero no hay nada que hacer, se sucederán fenómenos impredecibles en el corto plazo. Por suerte, yo voy a estar muerto. No me gusta que vos, Pose, le des la razón. Me asusta que creas eso. Esto es pura magia travestida de ciencia. Seguimos andando por la autopista medio vacía. Ponemos música. Suena tu celular. Ahora le toca a Robusto: Me dijo la Ivana que si me agarro el virus puedo generar anticuerpos y el bicho no me hace nada. Voy a salir a dar una vuelta a ver si me lo pesco. Me río. Ya sé que a vos te angustia, pero no puedo evitar la carcajada.*